

Impresiones Romanas

N.º 13-III-1961

Por CLAUDIO GIACONI

(Especial para LA NACION)

ROMA, febrero. Domingo. Roma descansa. Y es ahora cuando se hace más verosímil aquello de que Roma es una enorme "ciudad provincial". No corre un solo bus. Sólo pequeños bólidos de acero, en una caravana incesante, por la avenida que serpentea junto a Villa Borghese. Roma duerme su siesta, pero siempre está en el aire ese batir de emboros que es el ruido de la metrópoli, aunque ahora algo atenuado.

Con o sin locomoción, Roma es extenuante.

Me he dejado llevar en plácida caminata por Viale Pinciana hasta Piazza Flaminio. Solo entonces advierto la falta de buses. Mi propósito era llegar hasta la "Casa Internacional del Estudiante" (hay allí siete chilenos), ver algunos rostros familiares y sentirme, en suma, menos forastero. La casa está en los suburbios de Roma, próxima a las riberas del Tíber y al legendario Ponte Milvio, que data del siglo IV, en donde Constantino derrotó a Majencio. Es una distancia excesiva inclusive para un buen peatón. Entro por la monumental puerta de Villa Borghese, escasamente concurrida en esta parte, atraído por un banco en el que caen unos pálidos rayos de sol. A pocos pasos de mi banco, se sienta un hombre maduro, calzado con gruesos zapatos de caña alta, fornido, cara ancha, gesto hosco. Me ha lanzado una rápida mirada entre perpleja e interrogativa, impersonal y fría, algo fastidiada. Tal vez se ha dado cuenta de que soy un extranjero. Al verme leyendo, con pluma en mano, ha hecho una mueca sutil, como si diera a entender que todo lo que anote, o lea o piense, no sirve de nada. Cabeceando, ha dormitado unos instantes. Reclina ahora la cabeza sobre la mano, acodándose en el respaldo del banco. Se oyen voces lejanas —son unos muchachos que corren tras una pelota—, y mira en esa dirección, atentamente, aprobando. Esta vez sus ojos han sonreído; sólo sus ojos, no su boca. La boca, apretada, sin labios casi, semeja un tajo. Y esa sonrisa de sus ojos consistía en un pliegue de incontables arrugas, convergentes como flechas, desde las sienes hasta la comisura del ojo. Se oye a la distancia la gaita de un **zampognaro** —campesino montañés— que avanza lenta y cadenciosamente. De cuando en cuando, algún transeúnte; guardias con licencia, religiosos, conscriptos, y algún joven solitario de andar meditabundo. De mi banco ya se ha ido el sol. Dos conscriptos pasan charlando, con "transistor" en mano, al son de un ritmo afrocaribano.

El hombre, a mi lado, se desgarró la garganta y tose, y lanza un escupido sólido como un proyectil; emite un suspiro suave y luego se despepeza en un descomunal bostezo. Sin duda, este hombre se aburre verdaderamente. Yo, al menos, conservo intacta mi capacidad de maravillamiento. Tiene todas las trazas de ser un desocupado, uno de los millares que recorren la Italia superpoblada en vana busca de trabajo. Sólo el juego de los muchachos disuelve a ratos la hosca morriña de su rostro. Se da vuelta y nuevamente se forma sobre sus sienes el pliegue de flechas.

Regreso por el interior de la Villa y, haciendo de autocicerone, advierto que es inmensa —un perímetro total que sobrepasa los seis kilómetros—, bellísima, gozosa y ostentosamente bella, con

sus anchas avenidas, sus árboles, su enjundia floral, sus monumentos (a Goethe, a Victor Hugo, a Byron), su pequeño y sorprendente lago, sus muscos, sus pistas de equitación, su endomíngada apariencia en esta parte concurridísima por buenos burgueses, conscriptos, seminaristas de roja sotana, parejas de enamorados. Los cipreses de copa alta con su fiesta de aves cañoras; en la pista circular, ágiles jinetes cabalgan a la inglesa en corceles bufantes y nerviosos; los niños rollizos, envueltos en gruesos capotes; el rumor vegetal sacudido por la brisa; el débil sol del invierno romano..., sintetizan en un instante de plientud rotunda la seducción impalpable de Villa Borghese.

Sin deseos de regresar a mi helada habitación de Via Piamonte, sigo por el Corso hasta Piazza Fiume. Entro a un café frecuentado por guardias y choferes de taxi. He pedido un chocolate hirviente.

De pronto, reconocí a una persona que entraba. Un hecho simple, pero que entre los millones de rostros fugazmente visualizados en la inmensa marea humana de Roma, revestía especial importancia. Ciertamente —por sus enormes bigotes— era un rostro inconfundible. Se trataba del chofer del taxi que me trasladara el día de mi llegada a Roma, desde la Stazione Termini hasta la Embajada de Chile. Entró en compañía de dos hombres. Lo miré fijamente, y esperé. Así como yo recordaba sus facciones, quería saber si él reconocía las mías. "Me reconocerá..." Enseguida cambié de opinión. Ningún viso perceptible en su mirada, que no se detuvo, y resbaló sobre mí. Aguardé una mejor oportunidad. Pero el hombre se puso a charlar con sus acompañantes y ya no volvió a mirar en mi dirección, ni siquiera al salir. Por primera vez me sentí verdaderamente extranjero.

Ha entrado una anciana diminuta, seca como una pasa. Con voz chillona ha pedido una ficha. Ha hecho un llamado telefónico. Decía entre plañidera y divertida que la viniesen a buscar, que se encontraba perdida... Luego ha entrado un anciano pulcro, también pequeño y enjuto, de andar vacilante. Ha solicitado con voz insegura un "express". Una joven pareja lo ha mirado con curiosidad. En el ojal del abrigo con rizada vuelta de pieles, el veterano luce una medalla con cinta tricolor; al parecer, una condecoración. La pareja se ha mirado entre sí y ha hecho un comentario irónico. En ese momento, la anciana cuelga el fono en medio de una cháchara meliflua. Su interlocutor, al otro lado del hilo, parecía haberla regañado. Salí encogiéndose de hombros, comentando divertida y perpleja su percance. Obviamente no era la primera vez que le ocurría algo semejante.

No he podido menos de advertir el agudo contraste entre la ancianidad de la mujer y la del hombre. Sentado en este café de Piazza Fiume, he descubierto que la senectud en un hombre es infinitamente más cruel y degradante que en una mujer. ¡Había un contraste tan vivo entre los dos ancianos! Entre la despreocupación de la viejecilla y la senectud, digna pero atroz, del enjuto veterano. Bebía su café atropelladamente, lanzando miradas furtivas y tímidas, como disculpándose de su avidez. La condecoración en el ojal resumía, acaso, un hito culminante en su existencia.